

Moriremos solos

(Blaise Pascal, 19 de agosto de 1662)

Con su cabeza de rollizo roedor y su sempiterna camisa sucia, Marcel Schwob siempre aportaba algo cuando le invitaban a cenar. Palabras y páginas que descargaba sobre sus estupefactos oyentes. A menudo, las de Pascal, abrillantadas por la sonoridad de su voz melodiosa, contrapuesta a la palidez de un cuerpo casi borrado, sometido sin cesar al cuchillo del cirujano.

Nunca he podido leer los *Pensamientos* sin escucharlos como una música negra y cascada llegada desde lejos; sin mirarlos como si fueran el cuerpo desnudo de Pascal; sin leer en ellos no una *Apología* de la religión cristiana, ni un libro en el que disputa con Montaigne de filósofo a filósofo, sino como un diario íntimo, una carta desgarrada. Pocos libros están tan anudados, estrangulados por la angustia y el horror a morir. Cierto es que Valéry le reprocha un desamparo bien escrito: “Se nota demasiado la mano de Pascal”. Ver su mano, amarillenta por la enfermedad, correr temblorosa por la hoja es, precisamente, lo que me conmueve cuando lo leo. Varias notas de sus

Pensamientos, esos pensamientos desmembrados, tratan de los “miembros pensantes”. La mano de Pascal no era de Pascal. Formaba parte del cuerpo de Jesús. “El cuerpo ama la mano y la mano, si tuviera una voluntad, debería amarse de la misma manera que la ama el alma”. Sola, la mano no es nada. Solo, Pascal no es nadie. Cree que no depende sino de sí mismo, pero en la incertidumbre de su ser ya no hay más que un ser pereciendo y muriendo. En efecto, la mano de Pascal únicamente temblaba para persuadir, igual que la del actor o la del predicador, designaba esas cosas que no queremos ver y que son el fondo del hombre: silencio eterno, reinos que nos ignoran, último acto de sangre, carrera hacia el precipicio, soledad de la criatura, desesperación de la inteligencia...

“Igual de incapaz para ver la nada de donde salió y el infinito en el que está engullido. Qué hacer entonces salvo percibir alguna apariencia en medio de las cosas, en un eterno desespero por no conocer ni su principio ni su final”. No es una definición de la fe cristiana lo que aquí ofrece Pascal, es una definición de lo trágico o –que él me perdone– de la literatura. Cada muerte cuenta: nada, infinito, apariencia, medio, cosas, desesperación. Cada imagen pesa: sacar, engullir, ver, percibir, conocer. Nombres y verbos son inseparables como la piel y la carne, articulados como las diferentes partes del esqueleto. ¿En qué se reconoce una frase de Pascal? En la imposibilidad de suprimir una palabra, de alargar su duración. En su soledad recortada en el blanco de la página, en lo negro del corazón. Es como si hubiera querido rodearlas de espacio y de silencio. Ya nada es físico. Tiembla, se rompe, arde. No huye de la contradicción, sino que la desea, la trabaja. Es tan tensa que un poco más y se desune. Ninguna gracia en la escritura, una rabia, como si

fuera la única forma de callarse. Pascal escritor trata de devorar a alguien. Eso no es muy cristiano. Lo más hermoso en los *Pensamientos* no son los relámpagos de una loca inteligencia, la desesperanza de un corazón que cree no creer, son esos cortos incisivos que parecen tallar en la carne de la página una fina y exquisita herida. Fragmento 53: “Tiene cuatro lacayos”. Fragmento 54: “Permanece más allá del agua”. Fragmento 107: “El pico del loro, que asea, aunque esté limpio”. Enigmáticas llamadas, trazadas con una escritura que parece retorcerse sobre sí misma para no ser leída. A veces, además, esas llamadas se convierten en un discurso en voz alta. La fe en el ser se fisura. Y entonces es cuando se habla de la muerte.

Los *Pensamientos* están llenos de ellas. ¿Para repelerla mejor o para esposarla más íntimamente?

El último acto es sangriento, por bonita que sea la comedia en todo el resto. Al final, tiran tierra sobre la cabeza y se acabó para siempre.

Muerte repentina única temible.

Contradicción, desprecio de nuestro ser, morir para nada, odio de nuestro ser.

Nos conocemos tan poco que varios son los que piensan que van a morir cuando se encuentran bien y varios piensan que se encuentran bien cuando están próximos a morir.

Todo puede sernos mortal, incluso las cosas hechas para servirnos, como en la naturaleza las murallas pueden matarnos y los peldaños matarnos si no vamos con cuidado.

Nadie muere tan pobre que no deje algo.

Pascal puso más orgullo que abandono en morir. Pretendía ser humilde, pero no modesto. En el dolor como en las ciencias, no concebía a nadie igual. No era afable. Escribía deprisa y con hosquedad, predicaba como maestro, hablaba de autoridad. Como enfermo, fue el primero en males, amurallándose en sus consecuencias como señales elegidas por él. A su alrededor, solo veía a semienfermos, de la misma manera que combatía en el mundo a los semihábiles. Es cierto que indagaba entre gemidos, pero a la búsqueda del poder incuestionable de lo verdadero. Pascal no había nacido para el amor, sino para la verdad y por ella debía morir. No soñaba con la caridad. Soñaba con palabras y muertos. De hecho, odiaba el amor. Al escribir el relato de su vida y de su muerte, su hermana insiste en ello: “No solo no sentía apego por los demás, sino que en absoluto quería que los demás lo sintiesen por él... Mi sorpresa era total con las vilezas que, a veces, me hacía... A lo penoso de su enfermedad achacaba yo la frialdad con que recibía mis constantes atenciones para aliviarle sus pesares”.

A él, que siempre veía el envés de todas las cartas, la muerte por fin se apresuró a romperle el juego. No amaba la vida, de nada le servía, y sin resistencia se hubiese dejado conducir hasta el final, de no haber sido por la exigencia de Dios para que se sintiera turbado y alegre. Tampoco le resultó odiosa la vida. Cuando dice “por bonita que sea la comedia”, sabe que *ser* es una comedia e incluso pensar que somos, pero que es bonito interpretar esta comedia. Compara el estornudo con el acto sexual al que denomina la *necesidad*, pero ve en ambos algo serio que absorbe todas las funciones del alma.

Si no le gustaba la muerte y le parecía natural que nos horrorizara cuando separaba un alma santa de un cuerpo

santo, Pascal amaba la enfermedad, pues separa un alma santa de un cuerpo impuro. Su hermana Gilberte cuenta que, tras cumplir los dieciocho años, no hubo un solo día en que no hubiese sido trabajado por el dolor. Le gustaba la enfermedad, decía, porque priva de todos los bienes y placeres de los sentidos, exenta de pasiones y de ambición, aleja de la avaricia y de la concupiscencia. Sitúa al cristiano en la expectativa continua de la muerte. Pascal amaba las enfermedades como a su hermana. Ella no le abandonó nunca. Al hablar a Dios de su cuerpo, escribe: “Todo en él es digno de vuestra cólera”. Al hablar de su vida: “Descansaba a la sombra de mi muerte”. Descubrió que tenía un cuerpo. Escribió para no tenerlo.

Su última enfermedad empieza con un extraño asco que sintió dos meses antes de su muerte. Su entorno, entonces, le prohíbe escribir e intenta distraerlo solo con cosas indiferentes e incapaces de cansarle. Muy enfermo ya, abandona su casa porque en ella vivía un niño infectado de viruela y no quería decirle que se fuera a morir a otra parte. Llevado a casa de Gilberte el 29 de junio de 1662, sufre un violento cólico. Al sentir que llegaba la muerte, confía sus voluntades a Florin Périer, el marido de esta hermana. Se encomienda al padre Beurrier y aguarda inmediatas alegrías. “Voy a encontrar a mi madre que he conocido poco, a mi padre, a mi hermana Jacqueline”. Al poco, son espantosos sus dolores de entrañas y de cabeza. Suplica que le trasladen al Hospital de incurables para allí acabar sus días, como si, junto con el pensamiento, también debiese arrojar la mano y el cuerpo.

Lancetas, lavativas, decocciones de achicoria y de tamarindo, purgas de sen y de caña fístula, caldos de carne y de electuario. Los acepta, pero solo desea la comunión.

Durante las seis semanas que dura su última enfermedad, recibe el santo sacramento solo una vez, en la noche del 18 al 19 de agosto. Lo reclama con increíble insistencia. Se sabe perdido y no comprende que no se den cuenta: “No sienten mi mal; se equivocarán; mi dolor de cabeza tiene algo de muy extraordinario”. La antevíspera de su muerte, hacia medianoche, sufrió una convulsión y estuvo a punto de morir sin comulgar. El último sacramento solo puede ser dado si abre los ojos. “El pan de la vida y de los vivos no debe ser dado a los muertos” escribió, a propósito de la muerte de su propio padre, en 1651. Esa noche, lo dan por muerto. Wallon de Beaupuis, un íntimo de la familia, oye llantos y gritos, desciende y mira. La desolación, el desorden. Un lecho y un enfermo al que atormentan para intentar despertarle. Gilberte lo sacude, le da friegas con aguardiente para sacarlo de su entumecimiento y ordena preparar los cirios. “Dios –dirá ella–, que quería recompensar un deseo tan ferviente y tan justo, hizo el milagro de suspender la convulsión”. Entre lágrimas, recibe por fin el viático: “¡He aquí al que tanto habéis deseado!”, le anuncia Beurrier. Como un niño, dirá un eclesiástico que acudió a verle: “No es justo que estemos sin dolor, pero tampoco es justo que no tengamos consuelo como paganos”, escribía a su hermana para consolarla de la muerte de su padre.

Pascal murió el 19 de agosto de 1662, a los treinta y nueve años, de un tumor en el estómago o de una antigua tuberculosis o de la exagerada absorción de vino emético antimonial. Era la segunda vez que lo daban por muerto. De muy pequeño, en su segundo año, padeció la tisis y una inexplicable languidez: durante todo un día, no tuvo pulso, ni voz, ni sentimiento, se quedó frío. Acusaron a una mala mujer de haberlo embrujado. Dieron calor al

niño. Volvió en sí. Del final de Pascal, no sé nada más. No sé si, como se ha dicho, pasó por el mismo éxtasis, por el mismo transporte de amor divino experimentado ocho años antes, cuando en un acceso místico arañó las líneas de su *Memorial*. Habría dicho: “Que Dios no me abandone jamás”. Ese jamás fue muy largo: se reanudaron con más intensidad los dolores y convulsiones. Ese jamás fue muy corto: una agonía que duró veinticuatro horas. En sus últimos instantes, no sé si, como él dice a propósito de Jesús, se había quedado solo, solo en la tierra, frente a la cólera de Dios; si sufrió esa pena y ese abandono en el horror de la noche. No sé si su voz seguía llamando, si murió en voz alta o, como dice él de Cristo, como los que mueren de debilidad y pierden la voz mucho antes de la muerte. Transita recitando su acción de gracias. “Así murió, en medio de un alegre arrebató, el que imaginamos lleno de tristeza”, escribe Sainte-Beuve. “En este final de Pascal, como en los últimos capítulos de sus *Pensamientos*, hay una languidez ardiente, una complacencia en el dolor, o sea, el carácter de la pasión misma. Se muestra tierno y embriagado”.

Vaciado en yeso. Untan su rostro con manteca y con una pasta bastante fluida, amasada con vino aguado. Esta efigie de Pascal muerto, mejillas acusadas por la delgadez, osamenta protuberante, rasgos grabados por el sufrimiento, cejas acentuadas, labios cerrados, se convertirá en el retrato oficial del muy cristiano pensador. Sierran en dos el cráneo, como si abrieran una ostra. Levantan un acta que menciona una “abundancia de cerebro prodigioso”. Pascal no tuvo el entierro de pobre que hubiese querido. La iglesia Saint-Étienne du Mont fue demasiado pequeña para acoger a las familias conocidas.

De regreso a la habitación de su hermano, Gilberte oculta sus lágrimas en el jubón habitual del difunto. En el dobléz, que abre con unas tijeras, un saquito de tela y, dentro, un pequeño pergamino doblado en cuatro. Unas líneas febriles presididas por una cruz, trazadas el 23 de noviembre de 1654. Durante ochos años, cada vez que cambiaba de traje, lo había descosido y vuelto a coser. Palabras pegadas a la piel, palabras de fuego y de noche. En otro bolsillo, un papelito de color gris. Otras palabras disimuladas: “Es injusto que se aten a mí... Engañaría a quienes hiciera nacer el deseo, pues no soy el final de nadie y nada tengo para satisfacerles. ¿Acaso no estoy presto a morir? Así morirá el objeto de su atadura. Soy culpable si hago que me quieran y si atraigo a la gente para que se aten a mí”. Ese último fragmento se incluirá en los *Pensamientos*.

¿De qué murió Pascal? ¿Cáncer de intestino, del cerebro? ¿Tuberculosis, reumatismos crónicos, parálisis? ¿Cólico biliar y nefrítico, escribía el padre Beurrier, saturnismo, gastroenteritis, ruptura de aneurisma cerebral, sífilis hereditaria, hemorragia meningítica? Pascal murió de nada, de su enfermedad de querer estar enfermo todo el tiempo. Los hipocondríacos también se mueren. O quizá murió por la muerte de su hermana Jacqueline, la única mujer a la que amara, desaparecida en Port-Royal el 4 de octubre de 1661. O también es posible que muriera, como ella, por la querrela de la firma del Formulario y por la discrepancia que le enfrentaba, a comienzos de 1662, a los señores de Port-Royal, que le sumió en un desvanecimiento o alucinación de un dolor tan penetrante que acabó sintiéndose mal, enmudecido y sin conocimiento. Vuelto a la vida, dijo entonces: “Cuando les vi que consentían en la caída, os confieso que me atrapó tal dolor

que no pude soportarlo y hube de sucumbir a él”. ¿No podemos morir de palabras impronunciadas, de pensamientos indecibles? ¿Morir para nada o morir de nada? Nunca se ha despejado la contradicción de la muerte. Sus dos caras: soledad y consuelo, error y verdad, permanecen unidas. Muerto en Dios, de acuerdo. ¿Muerto para Dios? ¿Muerto de demasiado Dios?

Pascal murió igual que acabó su libro, sin escribir la palabra fin. Cesó su pensamiento como se interrumpen sus *Pensamientos*: un libro escrito sin querer componer un libro. Una vida vivida sin querer vivir. La densidad y misterio de sus frases cortas parecen unas últimas palabras. Sin embargo, aunque durante mucho tiempo se creyó que habían sido tiradas sobre el papel en su último periodo, cuando un Pascal enfermo parecía obligado a abandonar su vasto proyecto, de eso nada. Se trata de otro inacabamiento, el que acompañó todos sus escritos desde el principio. Desde 1658, las notas para su *Apología* estaban, más o menos, en el estado en que fueron halladas a su muerte. La enfermedad y el fallecimiento solo le impidieron su clasificación y, de hecho, las abandonó igual que había interrumpido su décimo novena carta provincial. Gilberte asegura que después de 1660, aquel verano en que, extenuado, no podía ni leer ni escribir, tampoco pudo hacer nada durante los dos años que siguió vivo, si es que podemos llamar vida a un decaimiento tan lamentable. Vacía entonces su vida, vende la carroza, los tapices, la biblioteca. Después, se entrega a la ruleta de sus pensamientos. Era como seguir escribiendo, pero fuera de la muerte, pequeñas combinaciones con las probabilidades; nada de pensar en la gran apuesta. Antes de detenerse bruscamente, escribe con loca precipitación, a la velocidad a la que su mano podía ir, sin dejar copia

alguna, dispersando los folios recién ennegrecidos. Hasta tal punto que no es la muerte la que impidió escribir a Pascal, sino que quizá murió de escribir.

Escribimos con lo que queda. No me preguntéis de qué. De quién. Cuando cada día es una ropa empapada de agua, tan pesada de subir desde el fondo del cubo con las manos, cuando cada hora está más vacía que la anterior, cuando Pascal ve en el cuerpo de las mujeres algo que nunca supo, entonces se pone a mirar su apellido y ya no se ve dentro. Entonces se concentra en su nombre y se dice: ahí sí que me conozco. Blas, blancuzco Blas, pocho como un fruto frío que va a caer, que va a morir sin haber madurado. Pascal entonces se sienta y se dedica a la geometría. Perdido en el espacio, le da los últimos retoques a su *Tratado del triángulo aritmético* en agosto de 1654. Perdido en el tiempo, escribe los *Pensamientos*, ese libro perdido, también él, en ninguna parte. Perdido en el dolor, encuentra un estilo en la finalidad y claridad de la lengua: “nada que sobre ni nada que falte”. Perdido en la muerte, goza con la nada. Perdido en el vacío, escribe. Hizo del vacío en los cuerpos físicos un tratado matemático. Llamó Dios a su propio vacío. Pero “se hallaba en tal abandono respecto a Dios que no sentía ninguna atracción por ese lado”.

Observémosle escribir. La escritura de Pascal desconfía de la mecánica de los fluidos, es una escritura de sólidos, lo contrario que un flujo, un estilo fluyente. Los *Pensamientos* no son fragmentos escritos, son escritos fragmentados, grandes folios lacerados en formato 23,5 x 35. Pascal practicaba el corta y pega, el cortar-coser, una especie de Proust al revés. No juntaba sus papelillos en un traje de palabras, sino que desgarraba uno hecho de trozos de angustia enfilados en rollos. Nadie parece

haberse preguntado la razón por la que dos versiones del *Memorial* estaban juntas, plegadas y cosidas, una en papel y la otra en pergamino. ¿Quizá porque, tras la primera, Pascal esperaba su segunda muerte como una reiteración? ¿Porque el papel se diferencia del pergamino como el muerto del moribundo? Porque le hubiese gustado escribir siempre más cerca de la desaparición, incluso la de su propia piel, como un primitivo se escarifica o se tatúa. No hay, por una parte, un tratado de edificación cristiana y, por otra, un logogrifo mágico un poco loco llamado *Memorial*. Los *Pensamientos* de Pascal son jirones de su piel. Recortes oblongos, lengüitas de papel, fichas, toda una reliquia: se trata de telas empapadas de sangre y ramilletes de huesos troceados.

Escuchémosle escribir. Al emplear el femenino, puesto que habla de su alma, este es un autorretrato del escritor como pecador: “Por una parte, la presencia de los objetos visibles emociona más su alma que la esperanza de los invisibles y, por otra, la solidez de los invisibles la emociona más que la vanidad de los visibles. Considera pereceras e incluso ya perecidas las cosas que pueden perecer”. En Pascal había algo de la mujer presa de lo espiritual, de conjuros, pociones, grisgrís, amuletos: tocar el infinito con fragmentos de papel y de carne. Según Sainte-Beuve, los *Ensayos* de Montaigne fueron el zorro en el seno de Pascal. No, era su propia escritura la que le mordía. Oculto bajo la camisa, incluso a flor de piel, Pascal escribía con lo que le devora. ¿Los *Pensamientos*? Más que alimentarlo, un libro que lo devorará. El mal, gozar del mal como medio para protegerse del Mal. Al presentar los *Pensamientos*, Étienne Périer no se equivocó: “esos ligeros comienzos de una persona enferma que solo había escrito para sí misma” no estaban tan desti-

nados a edificar a sus hermanos humanos como a morir cubierto de palabras.

En Pascal espanta todo. Más que nada, las palabras. “Pensamiento huido, quería escribirlo: escribo en el lugar en que se me escapó”. Escribir es situarse en el lugar en que el pensamiento escapa a las palabras y se escapa fuera de él. En el lugar de la pérdida. Lo que me gusta en Pascal no es su fe, sino su miedo. Sus divisiones mortales, su escritura de fuego y cenizas, siempre su premura por decir demasiado y demasiado poco en la misma frase. El miedo y la ignorancia. “Todo lo que conozco es que pronto he de morir, pero lo que más ignoro es esa muerte misma que no podré evitar”. El miedo y la certeza de no saber nada. ¿Sabemos quiénes somos cuando morimos? Habría que saberlo ya cuando vivimos. “No sé quién me ha puesto en el mundo, ni lo que es el mundo ni qué yo mismo; me encuentro en una terrible ignorancia de todo; no sé lo que es mi cuerpo, ni mis sentidos, ni mi alma y esta parte de mí que piensa lo que digo”.

Pascal está perdido. De niño, recuerdo haber oído –incapaz de captar el sentido– estas palabras: *está perdido*, a propósito de alguien que iba a morir. Quise olvidar de quién se trataba. ¿Perdido para quién? ¿Por quién? No podía deshacerme de la imagen de un niño sembrado como un pulgarcito, de una cosa extraviada, de un céntimo que no sabemos dónde nos lo hemos embolsado. Tras la palabra *Dios*, la que más aparece en el *Memorial* es la palabra *alegría* y, tras ella, la palabra *separado*. Solo puedo ver a Pascal tal y como él mismo se pinta: un ser alegre por estar separado, un cuerpo vil, una cosa desierta, un montón de palabras perdido entre simetrías terroríficas. “Los espacios que ignoro y que me ignoran...”, escribe. O también: “A través del espacio, el universo me compren-

de y me engulle; a través del pensamiento, lo comprendo”. Mismo recorte de la fórmula, mismo juego con las palabras, misma inversión del sentido. Pascal perdido, entre sí mismo y Dios, la nada y el mundo, el ser y su odio. Dios le impide caer.

Tras un accidente en el puente de Neuilly, en el otoño de 1654, poco antes de la fecha que encabeza el *Memo-rial*, Pascal entra en su segunda conversión y abandona sus años mundanos. Ese día, va en una carroza tirada por cuatro o seis caballos que, de repente, se desbocan, rompen las bridas y se precipitan al Sena. El vehículo no vuelca. Descubre que está al borde del precipicio. “Fue eso lo que hizo que Pascal decidiera acabar con sus paseos y vivir en una completa soledad”, escribe su hermana. La geometría del azar, el riesgo de morir, el miedo al agua, manifiesto desde muy pequeño, el rechazo a todo lo que fluye, la certeza del horrible vacío, la locura de caer en sí mismo, el talismán cosido a escondidas en el envés del traje, son imágenes que se encadenan como teoremas, como palabras que ve escritas por doquier y que deberá pesar y pensar, anudar y desanudar. Muestra a hombres que, tras escuchar su sentencia de muerte, siguen jugando a las cartas: interponen ese juego entre ellos y el precipicio. “La naturaleza no siente horror alguno al vacío”, escribe. Blaise Pascal, sin embargo, sentía en su costado izquierdo tal llamada sin fondo que tenía que colocar una silla para prevenir precipitarse en él. En su opinión, el hombre es el ser que cae: “Caído de su verdadero lugar sin que podamos reencontrarlo”. Pascal tenía tres años cuando murió su madre.

Según él, la única diferencia entre el verbo pensar y el verbo morir es que el segundo no admite un objeto. ¿Qué vía, activa o pasiva, enseñaba la Gramática de Port-Ro-

yal para hablar del vivir y del morir? Decimos vivir su vida igual que decimos amar la vida. Morir es un verbo intransitivo, no tiene complemento directo. No se dice: morir su muerte, sino el complemento indirecto: morir de su muerte. En general, añadimos: hermosa. En las últimas palabras, ¿cuál es la persona que habla? Gramatical, quiero decir. Algunos moribundos dicen una frase en primera persona del singular, sin dejar de sonreír por esa pretensión de un “yo” que pronto solo será *nadie*, nada. Lo único seguro es que, a la hora de morir, el plural es imposible: “morimos” está reservado a los héroes encerrados para su último amanecer. “Morimos solos y, por lo tanto, hay que actuar como si se estuviera solo”, espeta Pascal en alguna parte de sus *Pensamientos*. Se muere solo. Eso es lo que elijo como su última frase. Emplea el impersonal, duplicando así el anonimato de la cosa. “Se” muere. Y Pascal murió solo. Pero con un papel en el bolsillo que decía que nunca se muere solo.